

eso no impide asentar que el Coronel Morelos aplicó la ley de suspensión de garantías con saña feroz, aun á los que no castigaba esa ley. Para la Historia, los que fusilaron al Coronel Morelos, fueron verdugos de otro verdugo. ¿Dónde hubo mayor crimen? La posteridad lo dirá.

En la primera decena del mes de mayo, los jefes insurrectos Mariano y Domingo Arrieta, Rodolfo Campos, Gabriel Galván, Tiburcio Cuevas y Calixto Contreras, con 2,000 hombres bien armados y equipados, comenzaron el asedio de Durango: en los días 12, 13 y 14 verificáronse encuentros reñidísimos, en que los insurrectos obtuvieron grandes ventajas, aun cuando las imprudencias de uno de ellos, Antonio Villarreal Camacho, comprometían á cada instante el éxito alcanzado; por fin, después de quince días de combates, y cuando los insurrectos hubieron reconocido como jefe único á Mariano Arrieta, — el más digno entre los revolucionarios de Durango — el Coronel Cortés, jefe del 11.º Regimiento y que fué un valiente defensor de la plaza, entró en negociaciones, y se rindió en los últimos días del mes. Estos acontecimientos, y la ocupación de C. Lerdo y Gómez Palacio, dieron, en el Estado, la victoria más completa á las armas revolucionarias. Mientras tanto, la vecina ciudad de Torreón, llave topográfica de La Laguna, era teatro de sangrientos sucesos: desde el día 8 ó 9, tres mil hombres del Ejército Libertador, mandados por Sixto Ugalde, José Agustín Castro, Gregorio García, Orestes Pereyra, Argumedo y Adame Macías, que se les incorporó días después, atacaban la guarnición federal, formada con 1,200 plazas y numerosa artillería, valientemente comandada por el General Emiliano Lojero. El día 13 los revolucionarios dieron un asalto terrible; arrojaron muchas bombas, incendiaron algunas fortificaciones con gasolina, etc., pero los defensores resistieron heroicamente. El día 15, convencido el Gral. Lojero de que la pérdida de la plaza era inevitable, dió orden de evacuarla, y apenas lo hubo efectuado, cuando el populacho se entregó al saqueo, la destrucción y todos los desmanes consiguientes, que ocasionaron — aun no se dilucida la cuestión — á la entrada de los insurrectos, un atentado monstruoso, cometido en las vidas de doscientos súbditos chinos.

El mismo día ocurrieron escenas semejantes en Pachuca, sólo que en esa capital, la conducta del gobernador Rodríguez fué causa del desenfreno popular. El vandalismo de la plebe fué justa y enérgicamente reprimido por el jefe insurrecto Gabriel M. Hernández, modelo de revolucionarios y á quien sentimos no poder dedicar toda la atención que merece. Su juventud y sus altas dotes milita-

res y morales, lo constituyen en valiosa esperanza para la patria.

Sumariamente nos referiremos á los demás Estados. En los de la Mesa Central, la rebelión era prácticamente insostenible, excepción hecha del de Querétaro; en la costa del Pacífico — ya hemos hablado de Sonora y Sinaloa — sólo el de Jalisco permanecía en muy relativa tranquilidad, pues en Colima, la capital cayó en poder de la Revolución hacia el día 20, y de Michoacán, solamente poseía aún el gobierno de Díaz á Morelia . . . con gobernador revolucionario. En el Estado de Guerrero, dos plazas importantes fueron tomadas en este mes: Chilpancingo é Iguala; la primera resistió un duro asedio desde el día 10 hasta la madrugada del día 15 en que fué evacuada por federales y auxiliares, ó forzados. Como dato curioso y para que el lector vea más patente la diferencia entre los revolucionarios del Norte y los del Sur, diremos que los cuatro mil hombres que á las órdenes de Julián Blanco, Ramírez, Meza, Astudillo y Morelos, atacaron á Chilpancingo, días antes recibieron la bendición religiosa, escapularios, estandartes con la imagen de Guadalupe, etc.; eran, en su mayor parte, indígenas armados con machetes y flechas, pero también es cierto que se batieron con la tradicional bravura de los surianos.

Iguala, después del sangriento combate del 14 de mayo habido entre las fuerzas de Ambrosio y Rómulo Figueroa, Martín Vicario y Alfonso Miranda, insurrectos, y los federales mandados por los Mayores Ocaranza y Ortega, cayó también. El Mayor Ocaranza fué fusilado por haber hecho fuego sobre unos parlamentarios, á quienes los mismos federales habían llamado con bandera blanca. Tal vez Ocaranza obró sin conocer antecedentes; pero eso no pudo averiguarse luego. Se fusiló también á cinco soldados, por haber faltado á su palabra de no combatir, dada en Los Cajones.

La guarnición de Cusutla, durante toda una semana de lucha sostenida contra el terrible Emiliano Zapata, fué heroica; sitiados y sitiadores se disputaron la ciudad casa por casa; unos y otros cometieron atrocidades sin cuento; y cuando al fin, Zapata fué dueño de la plaza, ésta no era sino un montón de escombros. En toda la República no se vió cosa igual. Después de la toma de Yautepec, la gente de Zapata hizo hogueras con los muebles y objetos producto del saqueo; cogiéronse de las manos, y danzaron en derredor de las luminarias, lanzando aullidos salvajes: ¡en pleno vandalismo!

El Estado de Puebla, ardía al contacto del de Veracruz, y lo mismo ocurría en los de México y Oaxaca. Tarea tan



prolija como redundante fuera reseñar, uno á uno, hechos que si en el mes de abril se repetían de éste en aquel Estado, durante el mes de mayo formaron uno solo en cada zona, salvo, como dijimos, en Querétaro y partes de Jalisco, Tamaulipas y Nuevo León, pues hasta el de Chiapas, que en el mes anterior no se agitó considerablemente, izaba en el de mayo, la bandera revolucionaria.

Al dar cuenta de los errores cometidos por el gobierno de Díaz-Limantour en los meses de marzo y abril, debimos haber incluido el de haber llamado al Gral. Bernardo Reyes, dieciocho meses antes desterrado por el Gral. Díaz. ¿Qué se propuso el gobierno con semejante medida? Pudiera decirse que excitar el entusiasmo del Ejército, pero.....ya no era tiempo, aun suponiendo que en los militares causara buen efecto la presencia del divisionario jalisciense. ¿Fue un plan maquiavélico, para separar al antiguo elemento reyista, del anti-reeleccionista ó *maderista*? Sobre que la idea de no-reelección, era más fuerte que el decantado y olvidado prestigio del Gral. Reyes, éste era el pasado, como hechura del dictador, y Madero representaba presente y porvenir, como espontánea encarnación, como producto mismo del momento histórico. Además, tal maquiavelismo, podía fácilmente reaccionar contra sus autores. Tal vez fué uno de tantos gestos desesperados de la dictadura en desastre.

Reyismo y corralismo, eran impotentes para defender á la dictadura. Brazos gangrenados, inútiles á la cabeza putrefacta!

Cómo quiera que tal fuese, el hecho es que el TAL divisionario salió del Havre el día 30 de abril, á bordo del vapor alemán *Ypiranga*.

En los primeros días de mayo, Díaz trató de atraerse á los insurrectos surianos, por medio de conferencias con don Francisco Figueroa, que á la postre fracasaron, pues los jefes del Sur declararon terminantemente que no reconocerían más convenios que los que se celebrasen con el Sr. Francisco I. Madero.

En páginas anteriores, apuntamos que las conferencias de paz entre los delegados de la Revolución y el Gral. Díaz se reanudaron á raíz de la caída de Ciudad Juárez.

Como al dictador ó su favorito Limantour no le era grato discutir las renunciaciones de la presidencia y vicepresidencia, comenzaron por ofrecer á la Revolución, diez ó doce gubernaturas, y ¡la cartera de Instrucción Pública! La dictadura obsequiaba Estados á la Revolución, como nodriza que quisiera conformar á un niño malhumorado: con bonbones.

Bien comprendía el Sr. Madero lo irrisorio de semejante



General Juan  
J. Navarro.



General Gonzalo  
Luque.



proposición. La Revolución no necesitaba regatear Estados porque ya los tenía casi todos; y la mejor prueba, es que más de la mitad de los gobernadores, antes de que los insurrectos tomaran las capitales de los Estados, ó renunciaban ó solicitaban hipócritamente una *licencia ilimitada para atender á su quebrantada salud*, y tan es así que para burlarse de un cacique se le preguntaba:—«Oiga, don Fulano, ¿y usted cuándo se enferma?»

El dilema, pues, se impuso: la renuncia, ó la guerra. Se estaba ya á 17 del mes—suplicamos al lector recuerde el estado general del país del día 15 al citado 17—y todavía el “gabinete negro” titubeaba en prometer la renuncia Díaz-Corral, promesa que por fin se telegrafió en términos sospechosos: *antes del día último del mes*. La doblez del Cincinato apócrifo se retrataba de cuerpo entero, como tantas veces lo hiciera desde 1867.

Naturalmente el Sr. Madero no pasó píldora tan mal dorada, y exigió respuesta categórica. Nuevo telegrama: “Renunciaré en el curso del presente mes.”

Por si tal ambigüedad tuviese relación con la próxima llegada del Gral. Reyes, el Sr. Madero exteriorizó cierta desconfianza, y el resultado fué que el día 20 de mayo el viajero del “Ypiranga” desembarcó en la Habana, y el vapor arribó días después á Veracruz.....para llevarse á otros viajeros. Para no referirnos más adelante á un individuo que venía á servir de “espanta-pájaros,” diremos de una vez que, después de corta permanencia en Cuba, y de haber prometido bajo su palabra de honor cooperar al restablecimiento de la paz, el divisionario jalisciense consiguió entrar en territorio nacional. El Sr. Madero debía arrepentirse más tarde de haber confiado en la palabra de un megalómano sin valor, sin talento y sin dignidad. (Los que en 1909 atacamos por igual á reyismo y corralismo, bien podemos hablar así, en 1912, sin insultar al caído.)

Volviendo, pues, á las negociaciones de paz, diremos que no existiendo ya más dificultades que en detalles de poca importancia, llegóse al acuerdo siguiente, que íntegro insertamos.

«En Ciudad Juárez, á los veintidós días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza, los señores Lic. D. Francisco S. Carbajal, representante del gobierno del Sr. General Porfirio Díaz, Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, D. Francisco Madero y Lic. D. José M. Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el Territorio Nacional, y considerando:

1º Que el Sr. General Porfirio Díaz ha manifestado su



resolución de renunciar la Presidencia de la República antes de que termine el mes en curso;

2º Que se tienen noticias fidedignas de que el Señor Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

3º Que por ministerio de la ley el Sr. Lic. D. Francisco L. de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del Señor General Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará á elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

4º Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente á las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la Revolución;

Las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

#### CONVENIO.

Unico.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del General Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas á medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

Transitorio. Se procederá desde luego á la reconstrucción ó reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

El presente convenio se firma por duplicado.

Francisco S. Carbajal. (Rúbrica.) F. Vázquez Gómez. (Rúbrica.) Francisco Madero. (Rúbrica.) J. M. Pino Suárez. (Rúbrica.)”

De vez en cuando ha circulado la versión de que la primera “consideración” de este convenio, debióse á la energía del Dr. Vázquez Gómez. Los autores de tal aseveración jamás la han probado, y en consecuencia, queda en pié—además del dicho de los otros dos señores representantes de la Revolución—la presunción lógica de que siendo don Francisco I. Madero el Jefe Supremo de la Revolución, á su inquebrantable firmeza y reconocido radicalismo obedeció, en primer término, el que don Porfirio Díaz prometiera renunciar, si bien es cierto que el Sr. Madero creyó más difícil de lo que en realidad fué, obtener del General Díaz la dicha promesa de renuncia. Lo único que el doctor Vázquez Gómez ha probado—según espontánea y pre-

ciosa confesión—es que se valió de un ardid (sic) para hacer creer al General Díaz que su favorito M. de Limantour lo traicionaba (á Díaz); procedimiento—el de la invención del ardid—que, dicho sea de paso, hace muy poco honor á la carrera diplomática del Dr. don Francisco Vázquez Gómez.

Hacemos la anterior observación porque consideramos un deber, ya que es oportuno, dar al César, etc.

La noticia del convenio de paz, produjo en la Capital un júbilo.....incompleto. La opinión pública ansiaba y reclamaba, pero no esperanzas, sino hechos. La verdad es que las promesas del Gral. Díaz.....no faltaba quien las asimilase á las del más antiguo de los Galvanes. Corrían rumores que daban pábulo á las desconfianzas. Los diarios anunciaban que las renunciaciones de Díaz y de Corral estaban ya firmadas, y la de Corral efectivamente lo estaba. ¿Por qué demorar su presentación á las Cámaras? Algún periódico dijo que en la sesión del día 23, probablemente se daría cuenta de ellas. Numeroso público llenó las galerías de bote en bote; esperó ansiosamente, soportó la monotonía de una sesión como las de diez años atrás, y se retiró con cierto aire de latente cólera.

El día 24, casi toda la prensa de la capital, aseguró que en la sesión de la tarde se satisfaría á la opinión pública. El pueblo dió visibles muestras de excitación. Circuló la versión de que muchos diputados rechazarían ambas renunciaciones; era bien sabido que el Palacio Nacional, la Diputación, el Correo, Catedral, Santo Domingo, y otros edificios públicos habían sido artillados ó guarnecidos, y duplicados los retenes en las prisiones y hospitales. Además, la presencia de avanzadas insurrectas en los límites del Distrito Federal, caldeaba la atmósfera. Se había prohibido el paso por la calle de Cadena. Mal síntoma.

Una hora antes de que comenzara la sesión, las tribunas y galerías de la Cámara de Diputados hallábanse pletóricas de estudiantes, obreros, empleados, y gente de todas las categorías, edades, etc., poseídos de la mayor agitación. “Hay lleno completo...” se decía.

Un grupo de obreros, que no encontraba sitio, invadió las tribunas destinadas á la Suprema Corte de Justicia, y como un gendarme tratara de desalojarlos, un estudiante le dijo: «¡Déjalos! ¡Aquí no hay más Suprema Corte que el pueblo!» Oíase el rumor de la multitud colérica, que hacía olas en las calles de la Canoa y el Factor. Comenzó la sesión. Se leyeron varios oficios, comunicaciones, solicitudes, etc., lo que excitó más la general nerviosidad. Los siseos iban en enorme *crescendo*....El diputado Saavedra, que presidía, amenazó al público con hacer desalojar

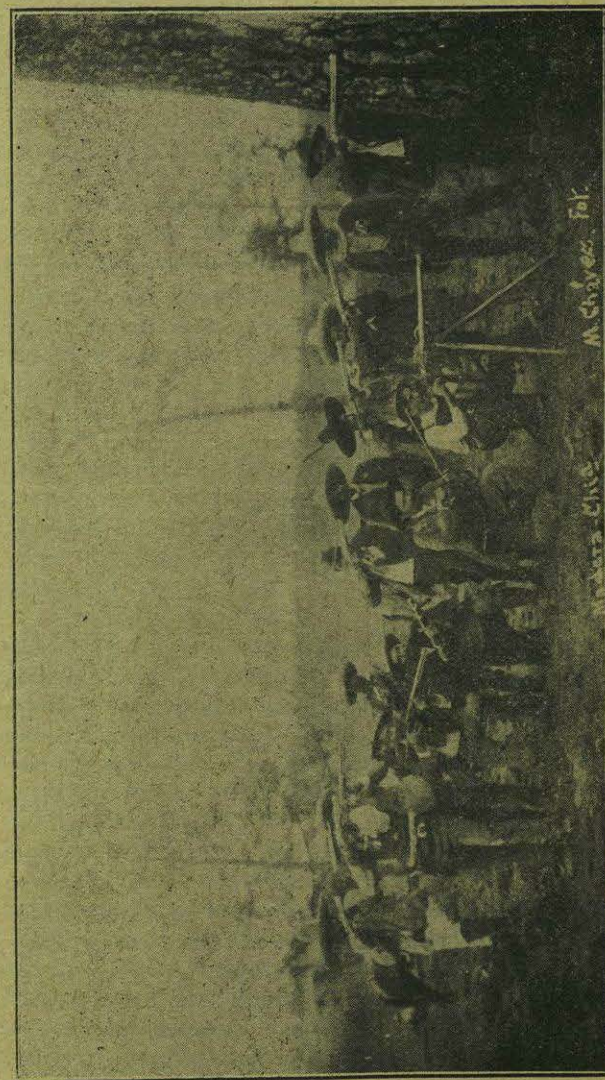


el salón si no guardaba compostura. Hay unos momentos de relativa calma, y se da lectura á un proyecto de ley en virtud del cual queda el Ejecutivo autorizado para fundar escuelas de instrucción rudimentaria en toda la República. Nuevamente déjense oír siseos. Sin discusión, se sujeta el dictamen á votación nominal..... Esto era demasiado; de súbito, un inmenso clamoreo parte de tribunas y galerías: ¡Renuncia! ¡Queremos oír la renuncia del General Díaz! Sucede un momento de silencio. Una señorita de traje y sombrero negros, se levanta de su asiento y exclama: ¡qué renuncie el General Díaz! La femenil petición es apoyada por el inmenso grito— desde meses antes no escuchado en la capital—de ¡Viva Madero! ¡Viva Pascual Orozco! En vano la Presidencia suplica y amenaza; el diputado Saavedra deja su sitio á Peón del Valle, y la multitud vocifera y escandaliza sin hacer caso á los ruegos del vicepresidente. El diputado Calero sube á la tribuna y consigue, á costa de muchos esfuerzos, hacerse oír: «Señores:—dice á los que ocupan las galerías—en público se asegura que van á ser presentadas las renunciaciones.—¡Que se haga!— replican muchas voces;—.....pero no se les da lectura porque no han sido presentadas á la Cámara!

Con esto el escándalo llegó á su máximum. La multitud, vitoreando á Madero, á la Revolución y á los insurrectos más populares, y lanzando mueras á la dictadura, abandona el salón, comunica su fiebre á los que esperaban en las afueras del edificio, los arrastra, y la manifestación se inicia, violenta y enorme, en la esquina de las calles del Factor y la Canoa.

Un grupo tomó por las calles que hoy se llaman de Bolívar, con dirección á la residencia del General Díaz, y otro por Manrique é Isabel la Católica. En los extremos de la calle de Cadena, la gendarmería montada rechazó á los manifestantes, quienes continuaron pidiendo á grandes voces la renuncia; varias veces intentaron acercarse á la casa del dictador, aunque inútilmente. Desde las seis y media de la tarde hasta las diez de la noche los grupos pugnaron por penetrar en la calle sin conseguirlo, pero sin interrumpir el vocerío contra el tirano y los «científicos.»

La mayor parte de los manifestantes que salieron de la Cámara, en apretada masa recorrieron las calles del Factor, San Lorenzo, Perpetua, Reloj, San Ildefonso, el Carmen, Santa Teresa, Seminario, y frente del Palacio Nacional. Cuando llegaron á este punto, no eran menos de 20,000 los que formaban la manifestación. Carros repartidores, coches de sitio, automóviles, bicicletas, estandartes, banderas, retratos, botes vacíos, todo en medio á un mar hirviente de muchedumbre hostil. El himno nacional y la



En campaña. — Revolucionarios disparando con ametralladora.



marsellesa atronaban el espacio, no menos que los incessantes vítores á la Revolución. A las ocho de la noche la inmensa mole humana cruzó lentamente por las calles de San Francisco. Por la Avenida del 5 de Mayo, un grupo que conducía vigas y tablonos pretendió entrar en el Zócalo; de pronto sonó un tiro, el grupo se lanzó en persecución de un gendarme, y cuando el pueblo se arremolinaba frente á Mercaderes, los soldados de guardia en Catedral y la Diputación hicieron varias descargas sobre la inerme multitud. Algunos que se abalanzaban sobre las puertas del Palacio Nacional, fueron tiroteados. Por las calles de Isabel la Católica, la policía cargó á sablazos; y frente á la Escuela de Tiro, se armó un breve motín. El populachó atacó á pedradas las casas de conocidos científicos y algunos establecimientos comerciales.

Al día siguiente sípose que las víctimas de los atentados cometidos en la noche del 24, eran 12 muertos y 21 heridos. La residencia del Gral. Díaz y la calle de Cadena, amanecieron convertidas en campamento militar. Patrullas de gendarmería montada y caballería de línea recorrían la ciudad. Reanudáronse las manifestaciones; una de éstas chocó con los federales en el Paseo de la Reforma, y resultaron un muerto y varios heridos. La agitación continuó hasta las seis de la tarde, en que se supo que por fin habían sido presentadas las renunciias de Díaz y Corral, y aceptadas por la Cámara de Diputados.

En el texto de su renuncia,—que por falta de espacio no insertamos—el Gral Díaz, después de hacer recuerdos de otras épocas, y de protestar una vez más respeto á la voluntad popular, manifestaba que dimitía su encargo por pedírselo así el pueblo armado. Don Ramón Corral, fechaba su renuncia en París, el día 4 de mayo; justificaba su conducta política de tal manera que la defensa aparecía contraproducente, y terminaba exponiendo que creía de su deber renunciar con el Sr. Presidente.

En la madrugada del día 26, el Gral. Díaz, acompañado por su familia, los ex-gobernadores del Distrito Federal y del Estado de México y algunas otras personas, salió en el F. C. Interoceánico para el puerto de Veracruz, y cuatro días después tomó pasaje á bordo del "Ypiranga."

El mismo día 26, el Sr. Lic. Francisco León de la Barra rindió ante el Congreso la protesta de ley, expidió un democrático manifiesto, y á continuación formó el Gabinete que debía ayudarle en sus difíciles funciones. Dicho Gabinete fué: Lic. Victoriano Salado Alvarez (Relaciones, con carácter de Subsecretario); Lic. Emilio Vázquez Gómez (Gobernación); Sr. Ernesto Madero (Hacienda); Lic. Rafael L. Hernández (Justicia); Dr. Francisco Vázquez Gó-



mez (Instrucción Pública); Lic. Manuel Calero (Fomento); Ing. Manuel Bonilla (Comunicaciones) y Gral. Eugenio Rascón (Guerra y Marina).

El Sr. Francisco I. Madero, en un manifiesto expedido en C. Juárez el 27 de mayo, declaró ante la Nación que renunciaba la Presidencia provisional de la República, y el día 7 del mes de junio, sin más carácter que el de ciudadano,—el primero en la República—pero ungido por el pueblo con la suprema gloria de *Libertador*, hizo su entrada triunfal en la ciudad de México.

Réstanos aún apuntar algunas breves consideraciones, basadas sobre el terreno más firme: los hechos consumados.

El movimiento insurreccional fué iniciado y sostenido en los primeros meses, con la cantidad de seiscientos cuarenta mil pesos, plata, dinero adelantado en su mayor parte por el Sr. Gustavo Madero; otra fracción, por el Sr. Francisco Madero (sr), y una menor por el Sr. Francisco I. Madero, Jefe de la Revolución. No faltaron donativos de algunas personas que simpatizaban ardientemente con la causa antirreeleccionista; pero la campaña, en casi todo el país, se sostuvo con el producto de préstamos forzosos. ¿Prueba? El monto de los recibos que firmados por jefes insurrectos obran en poder de la Comisión Consultiva de Indemnizaciones.

Numerosos individuos de los que en el Norte ingresaron á las filas revolucionarias, poseían caballo y arma propios, además del dinero que llevaban consigo.

Es absolutamente falsa la imputación de que las juntas revolucionarias de los Estados Unidos recibieron dinero norteamericano ó de cualquiera otra nacionalidad.

Además de los hechos expuestos, hay, en apoyo de nuestra aseveración, las declaraciones solemnes y expresas de los Sres. Lic. Francisco L. de la Barra y Francisco I. Madero.

El Jefe de la Revolución tuvo en proyecto una emisión de bonos, "que por ningún motivo serían colocados en país extranjero;" pero tal proyecto jamás fué llevado á la práctica.

El gobierno de los Estados Unidos, por excelencia democrático, no podía negar su apoyo moral á una causa democrática también; pero nunca la ayudó materialmente. Si la vigilancia por él desplegada para hacer guardar las leyes de neutralidad, no produjo los resultados que el gobierno de Díaz deseaba, se debió á que todo el pueblo americano favorecía abiertamente á los revolucionarios. Frecuentemente, ciudadanos de la otra margen del Bravo, ocultaban y ayudaban á conducir los contrabandos de guerra, y no sólo, sino que innumerables veces regalaban á los

insurrectos armas, parque, medicinas, etc. En algunas ocasiones, aun los mismos "rangers," cuando escuchaban un tiroteo cerca del río, se despojaban del uniforme, cruzaban la línea, reforzaban las cananas de los insurrectos, y regresaban á su territorio. Así ocurrió en Ojinaga y otros puntos. Mr. Bulger obsequió una ametralladora á las fuerzas del insurrecto Villarreal, él mismo la manejaba en los combates, y fué herido en la toma de C. Camargo.

Para que se vea hasta donde llegó la simpatía de nuestros vecinos por la Revolución, baste decir que hasta los niños de las escuelas de El Paso, iban por las tardes á gritar mueras á Porfirio Díaz, ante el edificio del Consulado de México.

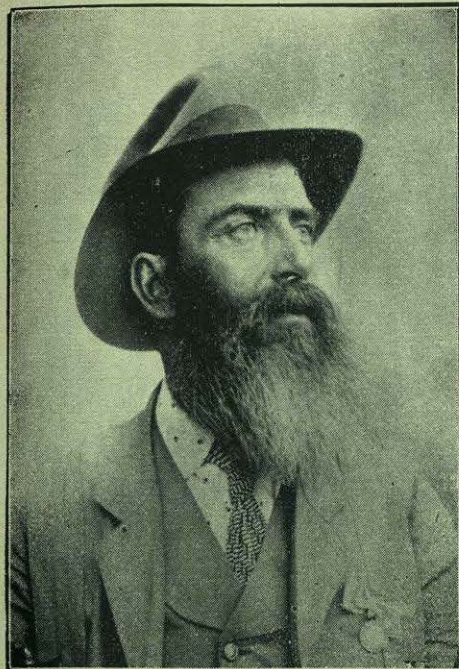
La ayuda material del pueblo americano, fué del todo espontánea. Basta, para asegurarlo, haber estado en C. Juárez desde el 20 de abril hasta el día último de mayo.

La inculpción de que algunos extranjeros sirvieron á la Revolución, no es ni siquiera digna de tomarse en cuenta.

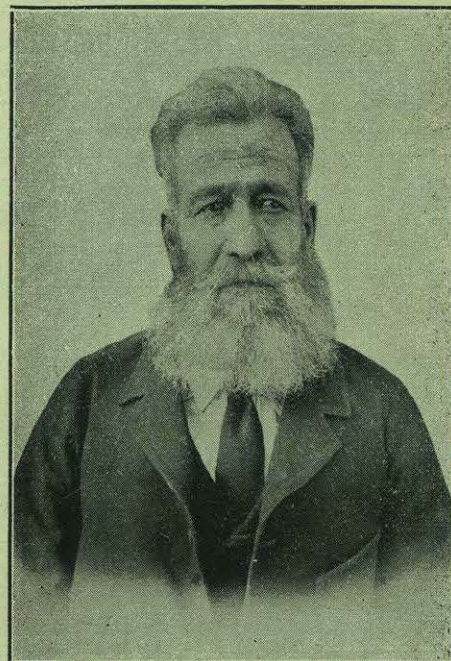
Los atentados cometidos por individuos que se decían á sí mismos *maderistas*, no manchan á la Revolución; caen sobre sus autores. Y en cuanto á violencias y desmanes..... tanto el Ejército Federal como el Libertador, y como todos los de la tierra, tuvieron su soldadesca, y..... *voilà tout*. Ya no es tiempo de conmover á la Patria con mutuas inculpaciones, sino de abrir el alma á la fraternidad.



EJERCITO LIBERTADOR.



Jefe Luis Moya.



Jefe José de la  
Cruz Sánchez.

ALFONSO...